

MANDORLA

NUEVA ESCRITURA DE LAS AMÉRICAS • NEW WRITING FROM THE AMERICAS

Excerpt from / Fragmento de *Mandorla*, Issue 11

FRANCISCO MORÁN

ÁNGEL ESCOBAR: LA LUZ SOBRE EL ASFALTO¹

Feliz es solamente aquel que experimentó el vértigo hasta el estremecimiento de todos sus huesos y que ya sin poder medir para nada su caída de pronto recobra el inesperado poder de convertir su agonía en una alegría capaz de paralizar y transfigurar a quienes la encuentren.

Georges Bataille

Ángel Escobar (Guantánamo, 1957), se graduó en dramaturgia en la Escuela Nacional de Arte (ENA) de La Habana en 1977, y posteriormente, en 1984, en artes escénicas en el Instituto Nacional de Arte. Como dramaturgo, estrenó su pieza teatral *Ya nadie saluda al rey* (1989). También publicó un libro de relatos, *Cuéntame lo que me pasa*, en Zaragoza, en 1992. A pesar de su indudable interés en el teatro, y de haber incursionado en la narrativa, la zona de mayor interés en la obra de Escobar es su poesía. Como poeta, ganó el Premio «David», de la UNEAC, con

1. Este artículo es una versión corregida y ampliada de la que publiqué en el número especial de *La Habana Elegante* por el V Aniversario de la edición electrónica de la revista. Dicho artículo llevaba por título: “Ángel Escobar: en la punta de un cuchillo.” Ver: *La Habana Elegante*. Madrid: Verbum, 2003. 103 – 108. Dedicado a la memoria de Escobar y de Celia Cruz, en ese número incluimos también el artículo “Gestos nombrados,” de Efraín Rodríguez Santana, dos poemas de Escobar, y el poema “Ángel Escobar. Excogitar *La Rueda*,” de Soleida Ríos.

su poemario *Viejas palabras de uso* (La Habana, 1978). A éste siguió otro premio, el «Roberto Branly», también de la UNEAC, por *Epílogo famoso* (La Habana, 1985). Más tarde vendrían: *Allegro de sonata* y *La vía pública* (La Habana, 1987), *Malos pasos* (La Habana, 1991), *Abuso de confianza* (Santiago de Chile, 1992), *Cuando salí de La Habana* (Zaragoza, 1996) y *El examen no ha terminado* y *La sombra del decir* (Zaragoza, 1997). El 14 de febrero de 1997, Escobar se suicidó en La Habana.

Mi acercamiento a la poesía de Escobar no ha podido ser nunca el del «crítico» que busca meramente “explicar” o “comentar” el texto literario. Escobar no se deja hojear, inspeccionar. Ante la “letra muerta” de su escritura se quiebran, se oxidan, los instrumentos de la autopsia crítica. Esa letra muerta tiene un temblor siniestro, nada – ni aún la tautología de la muerte – consigue aquietar sus estertores.

Escobar es uno de los poetas cubanos más dolorosos. Toda la infelicidad de la Isla parece haberse alojado en su cuerpo, en su escritura, en su cigarro. Duele leerlo, repararlo. Uno no puede ojearlo siquiera sin sufrir alguna cortadura, sin perder algo. No deseo, sin embargo, regalarle al lector una imagen unidimensional de Escobar como bestia de sacrificio. Si, como dije antes, la lectura de Escobar produce cortaduras, esto se debe también a que en su escritura se acumulan los peligrosos utensilios de la carnicería y el matadero: el cuchillo – variedades de cuchillos – el hacha, la piedra de amolar, destrezas para el destase. Dicho en pocas palabras, el desafío mayor a que nos enfrenta la poesía de Escobar es lo que sigue después que leímos este o aquel poema, o cerramos el libro. Es en ese silencio – con el cual no es aconsejable permanecer mucho tiempo a solas – que empieza a hablar Escobar. Su cuerpo, roto contra el pavimento, abierto como un libro, se vuelve *la sombra del decir*.

Escobar se encarna en el lenguaje, se convierte en carne apalabrada, en escritura tasajeada. En él culmina un proceso de encarnación del hecho poético que había dado en Virgilio Piñera una de sus notas más agudas, uno de sus chirridos más escalofriantes: la vertiginosa experiencia del vacío. Salto al vacío – eso fueron Escobar y su escritura – el espacio parentético de la caída entre el (sobre)salto y el estallido contra el pavimento de la tinta y de la calle. Salto al vacío en la medida en que el acto de escribir deviene una manera de morir por mano propia, al mismo tiempo que la muerte es, también, una manera de escribir, de sobreescibir – a través de cortes, de sajaduras, de un degollamiento tras otro – el peso del cuerpo, su historia, su lastre.